



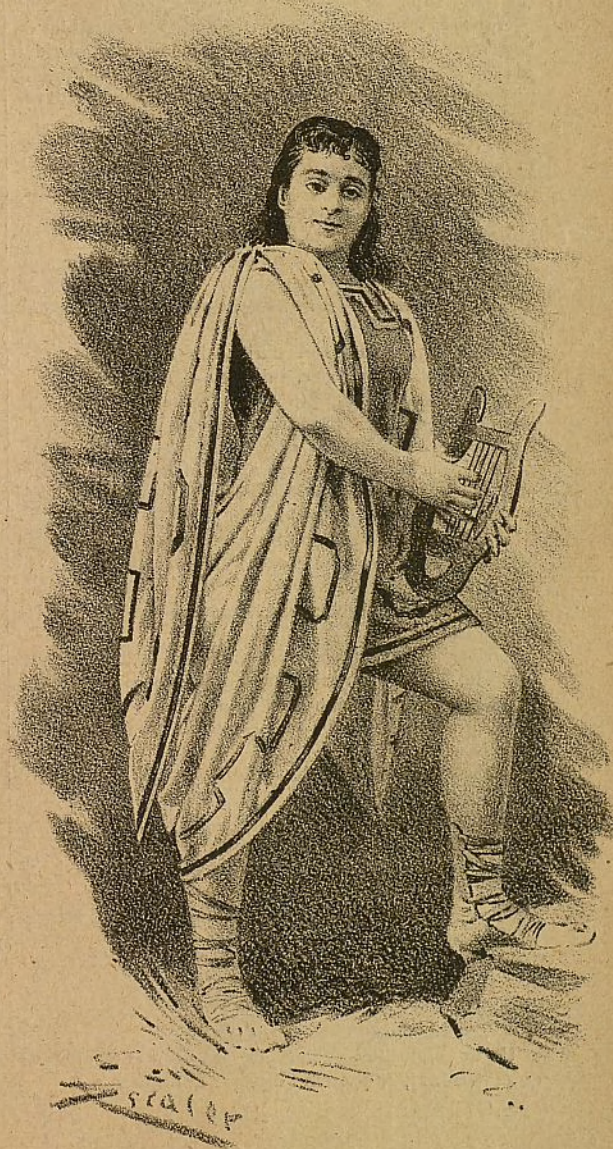
Semana Cómica

LIT. MIRALLES, UNION. 17.

DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA.



SRA. BACCHIANI

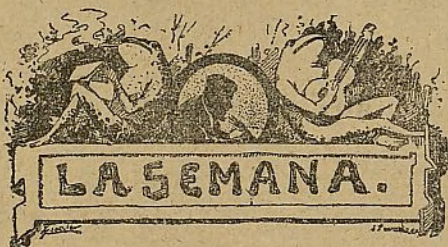


Con un Orfeo tan bonito y tierno
¿quién no baja con gusto hasta el infierno?

SUMARIO

TEXTO.—*La Semana*, por L. Royo Villanova.—*El árbol*, por Luis de Ansorena.—*Odio*, por Ricardo J. Carriñe.—*A Margarita*, por Carlos C. Catalá.—*Imitación de Cristo*, por Emilio de Mota.—*Perplejidades*, por por E. Blasco (*Blas Quito*).—*La ley*, por Luis de Alcaráz.—*En el bufete*, por J. Pérez Zúñiga.—*Cuento*, por J. Puyol Bosque.—*Dramita*, por J. M. Almodóbar.—*Todo Madrid*, por A. Sánchez Pérez.—*Dudas*, por F. Tristán de Larios.—*Los dos bailes*, por Carlos C. Catalá.—*A Madrid me vuelvo*, por Sinesio Delgado.—*Chirigotas, Correspondencia y Anuncios*.

GRABADOS.—*Sra. Bacchiani*, por Escaler.—*Represalias*, por Cilla.—*¡Ecce-Homo!*, por Cilla.—*El elixir salvador*, por Carrasco.—*De viaje y Tiempos musicales*, por Escaler.—*En el salón*, por Carrasco.



Aunque, según la prensa patrioter, los culpables de *morosidad*, en los días que corremos, debían ser pasados por las armas, el ministro de Hacienda acaba de dar una disposición, modelo de sensatez y de cordura, en favor de los contribuyentes morosos.

El plazo para adquirir sin recargo las cédulas personales ha sido prorrogado y con tal motivo acuden los perezosos á las oficinas de Hacienda, para proveerse del papelito, mediante el pago del impuesto ó contribución indirecta, como ahora le llaman.

—¿No ha presenciado V. nunca los incidentes que aquí se desarrollan?—decía un caballero en la puerta de la Administración de Contribuciones—pues son muy curiosos.

—¿Va lo creo que son curiosos!—interrumpía una criada saliendo con las cédulas en la mano—á mi me han preguntado como me llamo, cuantos años tengo, de que pueblo soy... ¡Bendito sea Dios! pues ¡ni que estuviera una en el juicio oral!

La cédula es artículo de primera necesidad, como el pan, si viene á mano, porque ni podemos pasar sin pan, ni nos dejan pasar sin cédula.

—Diga usted—preguntaba una beata—y esto de la cédula personal ¿es una cosa así como las cédulas de comunión?

—Si señora; es una cédula de comunión... con ruedas de molino.

En los consumos, impuesto de la sal y demás soca-lifas del Tesoro, cabe trampa y matute, pero en materia de cédulas hay que morir al palo.

—Vamos á ver, suponte tu que yo no quiero sacar la cédula.

—Pues te cojen sin ella y te llevan á la Carcel Modelo.

—Hombre, no tanto...

—Si señor, ¡no ves tu que esa es la carcel *Cedular*!

Hay quien vá á sacar la cédula preocupado con la noticia política de última hora y contesta de este modo á las preguntas que hace el escribiente sobre el estado y la gracia del interesado:

—¿Gracia?

—Canalejas.

—¿Estado?

—Vega de Armijo.

Un ex-empleado, víctima de las últimas economías en el personal, se presenta á pagar el impuesto:

—¿Su nombre de V.?

—Fulano de Tal.

—¿Naturaleza?

—Tal pueblo.

—¿Edad?

—Tantos años.

—¿Profesión?

—Dispense V. si no contesto una palabra.

—Hombre ¡no me ha respondido V. más que á tres preguntas!

—Pues esa es mi desgracia, caballero: ¡haberme quedado á la cuarta pregunta!

La Hacienda, que nada perdona impone un recargo á los que se descuidan; á este hay que añadir el del 50 por ciento que cobran los Ayuntamientos y además hay otro recargo para los que toman cédula de clase inferior á la que les corresponde; es decir, que con tanto recargo, el papelito, más que cédula, es una fiebre tifoidea en su periodo álgido.

—Oiga V., señor de *lipendi*—exclama una muchacha de servicio—vengo á que rectifique usted un disparate que ha puesto aquí.

—Y si no ratifica V. pronto,—añade un soldado que que la acompaña—*vá á haber la mar*.

—Pero ¿qué sucede?

—Pues nada; que esto dice que soy de Barcelona, provincia de *idem* y eso no es verdad.

—¿Que no es usted de Barcelona?

—Si señor, pero no de *idem*.

—Yo le explicaré á usted...

—No tiene V. que explicar nada—dice el soldado—eso de *idem* exige un *idem... nización*.

Si no fuera por las contribuciones ¿cómo habrían de soportar los Estados las exigencias de la civilización? Los agricultores chillan, los industriales claman; pero yo comprendo las necesidades de la vida moderna y todos los años exclamo por esta época:

—No hay más remedio; el ciudadano tiene que contribuir á las cargas de la Nación.

Y suelto orgullosamente cincuenta céntimos de peseta, que me corresponden por mi cédula de clase undécima.



Los pasajeros de uno de los buques que, procedentes de Filipinas, han llegado recientemente á este puerto, traían en billetes la respetable cantidad de catorce mil duros.

Mas ¡oh engañosas apariencias de la moneda fiduciaria!

Los billetes han resultado falsos.

Ante tal suceso, es posible que se hunda el firmamento y tiemblen las esferas, porque es de creer que los engañados poseedores tomarán el cielo con las manos y acaso tiren de él para que se enteren los de allá arriba de tamaña desgracia.

Las víctimas del fraude pueden decir que, al desembarcar, se han traído á tierra el *timón*, es decir, un timo muy grande.

Compadezcamos á nuestros huéspedes, cuyo dolor es irreparable verdaderamente, porque el público no reparará en él como repara en las catástrofes horribles y sangrientas.

¡Catorce mil duros en billetes falsos!

Indudablemente las islas Filipinas están haciendo muy mal papel.

Lo peor es que si los defraudados quieren apelar tendrán que subirse al tejado.

Para llamar desde allí á Cachano con dos tejas.

Calderón sentaba la regla general de que la vida es sueño.

Pero no lo es para todos.

Hay gente demasiado despierta, que aprovecha el sueño de los demás.

Los tíos que vienen de América se habían hecho populares en el teatro.

Y, por las trazas, junto á los tíos americanos habremos de colocar muy pronto los *primos* que vienen de Filipinas.

LUIS ROYO VILLANOVA.

EL ARBOL

I.

—Cuando Juan era un niño todavía,
por mi tronco á las ramas se subía,
convirtiendo en guñapos sus vestidos,
y buscando con loca algarabía
los pájaros pequeños en sus nidos.
Era hermoso el chiquillo como un cielo...
Su blanca tez tenía
la tersa suavidad del terciopelo,
y, aunque, á veces, mis hojas destrozaba,
no era posible que inspirase enojos
aquel angel loquito que llevaba
los fulgores del sol en sus dos ojos.
¡Qué perfume más suave el de su aliento,
y qué temor el mío
de que en sus alas le cogiera el viento
y lo echase después en el vacío!
¡Y con cuánta delicia
yo acariciaba su serena frente!
¡y cómo le agradaba al inocente
la frescura especial de mi caricia!
No, no existe lenguaje
que pinte la bondad de ciertas cosas...
¡Era Juan la mejor de aquellas rosas
que bordaban á trechos mi follaje!

II

Al fin en hombre transformóse el niño,
y siempre atento al singular cariño
que yo por él sentía,
junto á mi tronco á reposar venía.
Mas no era ya el pequeño
que á cojer nidos con afán subía,
alegre con el triunfo de su empeño,
sino el hombre prudente y reflexivo
con profundas tristezas sin motivo,

que hace del alma altar y adora un sueño.

III

Pues, si; estuve celoso, muy celoso...
¿Pagaba así mi amor aquel mocoso?
¿Ejerce tal influjo un desvario?
La chica, lo confieso, era preciosa...
¡pero era fuerte cosa
cubrirles yo con el follaje mío!
¡Y, ocultos de la gente de la aldea,
con esa fiebre que en dolor termina,
ofician de Calixto y Melibea,
dejándome el papel de Celestina!

IV

Como es loco el que ama,
oyéndola una tarde:—¡Tengo frío!—
hizo de leñador con tanto brío
que Juan tan solo me dejó una rama.
Acción dura, que enseña
que amar por solo amar es tontería...
¡Por calentar al malo que se enfía
al bueno un tonto le convierte en leña!

V.

Como aquella mujer me le engañaba,
el mozo desdichado
hace poco se ha ahorcado
de la rama infeliz que me quedaba.
Y, oyendo sus gemidos,
de tal modo temblaba,
presa de horrible y sin igual tristeza,
que asustados, del fondo de sus nidos
mis pájaros sacaban la cabeza!

LUIS DE ANSORENA

A MARGARITA

Te di una rosa, Margarita bella,
que, como tú, daba placer mirarla;
mas diste de tal modo en maltratarla,
¡que daba compasión la flor aquella!
No voy aquí á entablarte una querella,
pues no pretendo ¡poble flor! vengarla:
mas si á probarte voy que, al deshojarla,
tu porvenir has bosquejado en ella.
¿Lo dudas? Pues no hay cosa más segura.
Aquella flor tan pura tan bonita,
á su destino tu destino adhiere,
pues se ajará, cual ella, tu hermosura...
¡Ah! Tú la *desfloraste*, Margarita,
y... ¡quien á hierro mata á hierro muere!

CARLOS C. CATALÁ

ODIO

Desvanecido el último reflejo,
de sentimientos y de luz escaso,
voy apurando de la hiel el vaso
y blasfemando del encanto viejo.
Siento el golpe mortal, y no me quejo;
miro el fuego encender, y no me abraso...
¡Ya sé que es el amor ave de paso,
y de sus garras y de ti me alejo!...
¡Adios, adios, mi antigua primavera!
¡Adios, última fé del alma mía!...
¡Ay! Si á encontrarte, por mi mal, volviera
¡en lugar de abrazarte te ahogaría,
y como te adoré te aborreciera!
y donde te besé te escupiría

RICARDO J. CATARINEU.

REPRESALIAS



—Pues para mí lo primero que debíamos hacer, era cojer al moro ese que vende zapatillas frente al Teatro Principal... 6 internarlo.

—Eso es; y de paso quitarle un par de zapatillas para mí, que buena falta me hacen.

¡ECCE-HOMO!



Tipo del dandy perfecto,
de elegancia presumida;
sesudo, grave y correcto,
montón de carne podrida
sobre un espíritu abyecto.

Ayuntamiento de Madrid

IMITACION DE CRISTO

Purita, que es la mujer más religiosa que he visto, no se quiere convencer de que no se puede ser en todo cual Jesucristo.

Su virtud raya en locura, de tal manera que Pura confiesa cada semana y al instante cumple ufana la penitencia del cura.

Su alma es un rico caudal de inocencia y de candor, aunque como es natural rinde su alma virginal culto sagrado al amor.

Sus físicas perfecciones forman *pendant* con los dones morales que la enaltecen, rindiendo los corazones que más gastados parecen.

Pero ella es tan virtuosa como elegante y hermosa, y entre mil que ha recibido, sólo una vez ha atendido cierta cartita amorosa.

Y fué Andrés quien solamente logró el sí tan deseado, porque ella vió claramente que era un hombre enamorado, pero platónicamente.

Cariño que no responde más que el impulso que esconde su muy noble corazón; por eso ella corresponde con creces á su pasión.

Como es tan buena cristiana va á la misa cotidiana, que por nada perderá, y sale muy de mañana á oír la con su mamá.

Ayer encontróse Andrés con ella á la sacristía. Oyeron misa los tres y se marcharon despues á la chocolatería.

Hablaron de sus amores y él ensalzó sus primores entre risitas y bromas, comparándola á las flores y á las cándidas palomas.

La madre muy confiada, fingiendo estar distraída, permanecía callada y como no hablaba nada, se fué quedando dormida.

Siguió la conversación, sostenida con pasión por los dos enamorados, que estaban amelonados hasta la exajeración; y en un éxtasis dichoso de platónica locura, aunque el muchacho es muy soso, deslizó un beso amoroso en la mejilla de Pura.

Ella, viendo un gran pecado en faltar á lo mandado por el casto Jesucristo, resolvió el caso imprevisto de un modo precipitado y al no ver cosa mejor que imitar al Redentor, decidió la picarilla... ¡presentar la otra mejilla como hizo Nuestro Señor!

EMILIO DE MOTTA.

PERPLEJIDADES



ay cuestiones claras y hay Claras que no son amigas de cuestiones.

En cambio, otras cuestiones y otras Claras tienen muchos pelos.

Por ejemplo: entre pagar al sastre y hacerse un traje nuevo, la elección no es dudosa. Cualquiera opta por lo último, pues de ese modo aumenta su guarda-ropa y la deuda: total, dos aumentos.

Por otro ejemplo: entre contraer una tisis galopante y contraer matrimonio con una mujer que galope, vulgo artista ecuestre, también es preferible lo segundo. La tisis disminuye el género humano y el matrimonio sirve de pretexto para aumentarlo.

Sobre las Claras no quiero poner ejemplos, para no acordarme de una que me costaba diariamente dos libras de yemas.

Y con el fin de disculpar su golosina, me decía que siendo ella Clara, cuando tenía dentro del cuerpo una yema, formaba el huevo entero.

Precisamente las cuestiones de huevos son las más peliagudas de todas.

El simpático navegante genovés, que como ustedes saben, tiene varios cafés en distintas poblaciones de España, volvió tarumbas á varios comensales suyos, con el célebre problema llamado impropriamente del huevo de Colón.

Otro sabio, que no descubrió el Nuevo Mundo porque llegó tarde, ni tuvo baul-mundo en toda su vida, se volvió loco tratando de averiguar si la gallina procede del huevo ó el huevo de la gallina.

¡Castigo justo á su perversidad, ó á su falta de ortodoxia, que viene á ser lo mismo!

Porque si hubiera leído la Biblia, sabría que Dios creó todo lo creable: la luz, los planetas, las plantas, los árboles, los animales, el hombre, etc.; pero no puso huevos. Por consiguiente, la gallina resulta con toda evidencia, anterior á aquellos.

Por eso también, entre una gallina asada ó con gotas de pepitoria y una tortilla á la francesa, opto siempre por la primera, aunque tengo pocas ocasiones de optar.

Desgraciadamente, la Biblia no resuelve otras muchas cuestiones con la misma ni con ninguna otra facilidad.

Así se explica que bastantes personas, ya que no se vuelvan locas, estén sumidas en un mar de perplejidades.

—No sé que hacer,—me decía días pasados Juanito Rata de Claveguera, ex-empleado en Aduanas, declarando cesante por haberse observado que desde que entró en el cuerpo aumentó la recaudación.—Estoy lleno de...

—¿De deudas?

—No, hombre, de dudas: es casi lo mismo. Figúrate que varios amigos quieren hacerme concejal...

—Pues eso es cosa buena...

—¡Ya lo creo! Pero otros me han propuesto para jefe de una compañía de secuestradores; y como los dos cargos son incompatibles y casi tan productivo uno como otro, vacilo y dudo y...

—En verdad,—le respondí,—que tu situación es terrible.

Y no me quedaba otra en el cuerpo.

Pues esta mañana recibí, no un toro de Miura, sino la visita de una jamona, á quien conocí cuando no lo era, y que de buenas á primeras me dijo:

—Vengo á que me abra V. el pecho.

—¡Señora!—exclamé yo, fingiendo que me ruborizaba.

—No sea V. malicioso: estoy en una perplejidad espantosa y es necesario que usted me aconseje.

—¡Yal! ¿De qué se trata?

—Me quiero casar...

—¡Lo creo!
 —Y tengo dos pretendientes...
 —Eso es lastimoso... España no tiene más que uno y por poco no la mata...
 —Déjese usted de bromas; tengo un viudo y un soltero. ¿Con cuál me quedaré?
 —Con el soltero: un viudo es un marido usado...
 —Pero el viudo es rico...
 —Entonces deje usted al otro.
 —Es que el soltero es muy guapo...
 —Pues cargue V. con el soltero...
 —Es que me han dicho que tiene un lío...
 —¡Ah! En ese caso, la tranquilidad de V. exige que dé al viudo la preferencia.
 —¡Pero el viudo tiene dos!...
 —¿Dos viudos?
 —No, hombre: dos líos...
 —Vuelvo á dar mi voto al soltero...

—Yo también se lo daría, si no tuviera otros defectos...
 —Pues cátese usted con el que más le guste...
 —¡Es que me gustan los dos! La dificultad está en saber cual de ellos me quiere más...
 —Póngalos usted á prueba...
 Creí haber resuelto la dificultad; pero con gran sorpresa mía, la jamona se ruborizó, bajó la cabeza y repuso:
 —No basta eso para sacarme de dudas... ¡Ya los he probado!
 No quiero decir lo que la contesté, pues aunque ustedes lo supongan, hallo justo dejarles también en la duda.
 Como yo la tengo de si he hecho algo ó si no he conseguido más que perder el tiempo y emborronar papel.

BLAS QUITO.

LA LEY

No llores; ¡si esa es la vida!
 tu seducción es la historia
 que ya de puro sabida
 se borra de la memoria.
 ¿Que con palabras de amor
 disfrazaba su vileza?
 ¿Que te legó el deshonor,
 llevándose tu pureza?
 ¿Y qué le vamos á hacer?
 Tú has cumplido doce años
 y ya eres una mujer
 libre de trampas y engaños.
 El, no puede tener pena
 por su infame cobardía;

así el código lo ordena
 en su *alta sabiduría*.
 ¿Que te engañó? No es posible,
 te entregaste por tu gusto...
 ¡Oh! la ley es inflexible
 y siempre ordena lo justo.
 ¿Que si no pierdes la vida,
 á la larga ó á la corta
 te has de ver prostituida?
 Y al código ¿qué le importa?
 Esta es la moral moderna,
 y si te has arrepentido,
 allá la justicia eterna
 te dará tu merecido;

pero en la vida social,
 que la justicia es más dura,
 tu fin será el hospital
 tras de vender tu hermosura.
 En cambio el hombre traidor
 que te robó la inocencia,
 no tendrá más torcedor
 que la voz de su conciencia.
 Y para esta ley honrada
 sois, cuando juzga el pecado,
 tú, una mujer degradada
 y el ladrón, un hombre honrado.

LUIS ALCARÁZ.

EN EL BUFETE

Luis Dumas y Montenegro,
 que es un letrado excelente,
 tiene en casa un escribiente
 que trabaja como un negro.

Dumas, que es de los que velan,
 hace velar al muchacho;
 se encierran en el despacho,
 escriben que se las pelan,
 y solo en el cuarto aquel
 producen rumor ligeró
 las dos plumillas de acero

rozando sobre el papel.

Luis Dumas á su escribiente
 convidó ayer á cenar
 para poder conversar
 con él descansadamente,
 y en vez de pollas asadas
 ú otras varias gollerías,
 cenaron unas judías
 perfectamente guisadas.

Aunque los dos se excedieron
 y un poco inflados quedaron,

tan pronto como cenaron,
 los dos á escribir volvieron,
 tomándolo con tal gana,
 que hoy quizás no han concluido
 de escribir, pues he sabido
 que á las tres de la mañana
 reinaba en casa de Dumas
 un silencio prolongado,
 ligeramente turbado
 por el ruido de las plumas.

JUAN PEREZ ZÚÑIGA.

CUENTO

Enseñando la instrucción,
 mandó poner un teniente
firmes á toda la gente
 que formaba el pelotón.

Mas lo hicieron á rabiar
 todos, excepto Gustavo,
 y el teniente mandó un cabo

para hacerle descansar.

Por casualidad fué él,
 pues aparte de cazarro,
 era el soldado más burro
 que había en todo el cuartel.

—Lo ha hecho solamente:
 de orden del teniente Aznar,

póngase usted *en su lugar*,—
 le dijo el cabo sonriente.

—¿Me lo dice ó me lo cuenta?—
 contestó al cabo Gustavo.

—Es la verdad. —*Señor* cabo,
 ¿y qué dirá la *tinienta*?

JOSÉ PUYOL BOSQUE.



Mister Jhomsson, individuo norte-americano, é inventor de un específico para curar la gordura, decide ir á hacer la propaganda de su invento por América; á cuyo efecto, atraviesa el desierto.



Pero ¡ay! que él no cuenta con la huésped. Cuya huésped en esta ocasión son dos pieles rojas,



Vanse luego los salvajes... ¿A qué? ¡A buscar leña para asar al honorable mister!



Pero ¡oh maravillosos efectos del líquido! este empieza á hacer su efecto de tal manera y mister Jhomsson á desengordar tanto,



da. Cuya



que resultan ser antropófagos,



y que, por lo tanto, deciden cebar bien a mister Jhomsson, haciéndole beber frascos y más frascos de su propio líquido.



te empie-
omsson á



que, por último, consigue verse libre de sus ligaduras,



quedando así premiados sus desvelos y proclamada la veracidad de su invento.

DRAMITA

Con espantosos silbidos
hiende el aire la metralla
y de muertos y de heridos
cubre el campo de batalla.

Fiero y valiente un soldado,
ébrio de sublime arrojo,
escarpa el cerro, abrazado
al banderín gualdo y rojo.

¡Y antes que, como una ola,
le envuelva el odio y le siga,
clava la enseña española
en la trinchera enemiga!

De ira ciego el otro bando,
al héroe hiere con saña,
y el héroe muere gritando
al espirar: ¡Viva España!

Electriza á las legiones
arrojo tan temerario,
y los hispanos leones
hacen trizas al contrario,
que huye dejando, cubiertos,
de su deshonor al fin,
varios millares de muertos
y un riquísimo botín.

Cubrió á Castilla de gloria
aquella empeñada acción;
pasó al libro de la historia
honrando nuestro blasón.

Y García, el oficial
que mandó la tropa hispana,
hecho se vió general
de la noche á la mañana.

De la guerra al regresar,
hizo noche un batallón
en un humilde lugar
de la manchega región.

Martín, el abanderado,
sucesor del héroe aquel,
fué con otros alojado
en la casa de Isabel.

Dióles albergue la anciana
y pronto del ancho hogar
bajó la inmensa campana

ardía medio olivar.

Habla Martín y entre tanto
la infeliz anciana calla,
y dándole rienda al llanto
oye hablar de la batalla.

De hablar la tropa no deja
hasta que el rostro volvió
Martín, y viendo á la vieja
llorando, le preguntó:

—¿Por qué llorar se la vé,
abuela? ¿Qué es lo que tiene?
—Que mi hijo á la guerra fué
y ¡ay! de la guerra no viene.
—¿Es leal?

—Lo es... ó lo era...
que por su bien ó su mal,
esté en el bando que quiera
mi hijo siempre es un leal.
—¿Y cómo se llama su hijo,
señora Isabel?

—Se llama...
Un nombre la anciana dijo
y allí cuna tuvo el drama.
—¡Ay, abuela... de la Sierra
traigo una noticia mala:
¡es tan fácil que en la guerra
corte la vida una bala...

que no debe V. extrañar
que su hijo, á quien conocí,
tarde mucho en regresar...
¡ó no vuelva por aquí!
—¿Qué...? ¿Qué oigo? ¿Murió ya!
¡Murió mi hijo...!

—Murió.
—¿Y hay Dios? Y si hay ¿dónde
¿por qué tengo vida yo? [está]

¡Corazón... cómo su suerte
me presagió tu emoción!
Gran correo de la muerte
eres siempre, corazón!

—Abuela, no llore más
y consuélale el saber
que más valiente, jamás
lo ha podido el mundo ver.

El, cuando ya el desaliento
desbarataba las filas,
nos imprimió con su acento
el fuego de sus pupilas,
y cogiendo esta bandera,
trepó al cerro, hecho un león,
y en la enemiga trinchera
clavó nuestro pabellón!

—¿Eso hizo Juan?
—Eso hizo,
eso hizo Juan, tía Isabel:
y él con eso nos rehizo
y llevó al triunfo con él.

Calló el soldado; la anciana,
reprimiendo su quebranto,
abrazó la enseña hispana
y enjugó con ella el llanto:
cruzó luego la ancha puerta
del corralón que la chica
dejó al acostarse abierta;
dióle suelta á la borrica,
que en un rincón del corral
pesebraba su ración,
y con el viejo ronzal
la bandera ató al balcón.
—¿Qué haceis, abuela?

—Poner
en la choza en que él nació
lo que á ver no ha de volver
¡y fué lo último que honró!

... Llénase, al morir el fuego,
el hogar de sombras mil;
falto de aceite muy luego
chisporrotea el candel
y en triste penumbra deja
envuelta la habitación.
... La tropa duerme; la vieja
reza su última oración;
¡y cuando por la mañana
los ojos abrió Martín,
vió el cadáver de la anciana
colgado del banderín!

JOSÉ M. ALMODÓBAR.

TODO MADRID

Dentro de Roma á Roma busco en vano.

¡Todo Madrid! ¡Todo Madrid!!!. Por supuesto, que
cuantos hablan de *todo Madrid* se refieren á los que en
la heroica villa triunfan y gastan y disfrutan, no á los
que trabajan y sufren y vegetan; el *todo Madrid* no
comprende á los que comen, sino á los que ayunan; no
lo constituyen los hambrientos, sino los ahitos.

Observadlo bien: se trata de una fiesta suntuosa, los
periódicos llenarán sus columnas con minuciosas descripciones;
ni los ariates del pórtico, ni la estrechez de
la escalera, ni lo magnífico de la alfombra, ni lo delicado
del *buffet*, ni la amabilidad de la ama de la casa,
ni los trajes costosos de las damas, ni su peregrina hermo-
sura, ni lo provocativo de su escote, ni lo incitante
de sus miradas, ni lo escultural de sus brazos y de su

garganta, ni... nada de lo que en la fiesta hubiese, se
escapará á las miradas investigadoras del cronista que
terminará su relato con la consabida frase: —Allí estaba
todo Madrid.

Llega una noche de gran estreno. Echegaray ó Se-
llés ó Cano van á solicitar el *exequatur* del público para
una nueva obra, ó bien la *diva* famosa ó el *tenor* á la
moda disponen su *debut*. Es caso de reseña. El *revistero*
enristra el lápiz, empuña la cuartilla y cala la lista co-
mo podría calar bayoneta, y mirada va y mirada viene,
y nota viene y nota va, enjareta su reseña de palcos,
revista de trajes, enumeración de personajes y juicio de
la ópera, ó del disertante, ó del drama, y... lo de siem-
pre: —Allí se encontraba *todo Madrid*.

Como se advierte, aquí el *todo Madrid* se ha ensan-
chado un poco.

Pero llega una noche de moda para el Circo ecues-
tre, hay en la plaza de toros corrida de beneficencia;
hay gran parada, se celebra una romería, sobrevien-

un carnaval sin lluvia, y torna al *todo Madrid* estuvo en el circo, ó en la plaza, ó en la revista, ó en la pradera ó en el Prado.

El *todo Madrid* adquiere en estos casos gigantescas proporciones.

Todo Madrid cabe holgadamente y puede bailar sin inconveniente en un salón del palacio del duque S. ó del conde X; *todo Madrid* llena las localidades de un coliseo; *todo Madrid* ocupa de bote en bote la plaza de toros, *todo Madrid* invade los paseos y los obstruye por completo; se ensancha mucho, por lo visto, para el paseo, y se encoge demasiado para el salón; pero en todo caso al *todo Madrid* lo hallamos sólo cuando de diversiones se trata.

En teatros, en corridas de toros, en marciales fiestas, en piadosas y entretenidas romerías, en bailes de máscaras, en todo eso, pero solamente en eso, hallaremos á *todo Madrid*. ¡Y *todo Madrid* hace muy bien en divertirse! Bueno fuera que propias amarguras ó ajenos cuidados nos quitasen el buen humor. ¡Muérase el demonio si quisiera morirse, que nosotros sólo divertirnó querernos!

La recepción de la embajada, la *sauterie* de los duques de tal casa, el té del banquero D. Fulano, las *matinées* de la viuda de Mengano, las bodas anunciadas por Asmodeo, las grandes bailes descritos por Almaviva, esa es la vida, la verdadera vida. Comer en Lhardy, bailar en palacio, enamorarse en el teatro Real, andar en coche, única manera decente de andar desde que se convino en que todo otro andar es andar á gatas, y que vengan penas y sobrevengan pesadumbres.

Y no me digáis que esa vida de lujo y de comodidades, y de ocio, de disipación y de placeres, pueden sostenerla muy pocos; ya lo sé, y os responderé que tenéis mil veces razón, no ya sólo una, aunque para el caso con una bastaría; pero es que en esto como en todo hay corruptelas: existe un *todo Madrid* legítimo (el de la verdadera tía Javiera), y otro falsificado, de imitación (y mucho cuidado con las falsificaciones, no

equivocquemos el establecimiento). Para el observador superficial ó poco experto el Madrid de los grandes bailes y el Madrid de las grandes paradas es uno mismo; no, no, son dos cosas muy diferentes. El *todo Madrid* de verdad, el puro, el sin mezcla, duerme hasta las dos de la tarde, recibe á esa hora ó va á que le reciban, pasea en coche ó á caballo (según los sexos y la afición) durante dos horas, come opíparamente, acude al palco del Real ó de la Comedia, después del teatro concurre á una fiesta y se acuesta.

Mezclados y confundidos con los que tal vida hacen, suelen andar hombres políticos, literatos, periodistas; pero todos estos que, por especial gracia, logran acceso á esas aristocráticas regiones, constituyen lo que en los dramas de espectáculo suele denominarse *acompañamiento*; son figuras decorativas en los salones; cuando más llegan á la categoría del actor que en cualquier comedia hace de criado ó sale para anunciar una visita y al cual suele designarse en el ejemplar impreso y en los carteles con las letras N. N. Un artista, por ejemplo, cuando por acaso es admitido en esas regiones, tal vez para distraer á las damas, es el don N. N. del cartel; un fulano de tal á quien se celebra un momento, como se celebrará poco después al cocinero que ha presentado buena cena.

No necesito decir que, como los viajes son gran elemento de diversión, esos favoritos de la fortuna que se pasan durmiendo gran parte del día y bailando mucha porción de la noche, en verano van al extranjero, en Semana Santa suelen ir á Sevilla, en otoño permanecen en la Granja y en invierno llevan á cabo frecuentes excursiones de recreo á magníficos sitios de caza.

Esto es precisamente lo que más distingue al verdadero *todo Madrid*.

El *todo Madrid* verdadero, viene á ser un Madrid que no está en Madrid casi nunca.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

DUDAS

I

De los pobres adorado
por su constante clemencia
que socorre á la indigencia,
vive D. Juan Maldonado.

Jamás nadie recordó
falta suya de un instante;
D. Juan siempre fué constante
y la misma ley guardó.

Pasó la vida dichoso
sin agotar su clemencia,
y jamás de la conciencia,
la voz turbó su reposo.

Nunca con nadie fué esquivo,
orgulloso ni altanero;
¡era todo un caballero
honrado y caritativo!

Pero siempre odio profundo
algun pecho le guardaba,
porque á su Dios adoraba
de otra manera que el mundo.

Practicando una doctrina

que nadie jamás oyó,
ni una vez se arrodilló
ante una imagen divina.

Con certeza no creía
en el Dios de inclemencia
y atendiendo á su conciencia
lo que le dictaba hacía.

¿Cuando el impío murió
fué al infierno desde aquí?
El cura dice que sí...
mas yo sospecho que no.

II

De joven un calavera
y cuando viejo un avaro,
fué un varón *asas preclaro*
D. Julio de Talavera.

Nada á quererle convida
pues rencor su labio vierte,
y prefiere dar la muerte
al que puede dar la vida.

Sin un sentimiento honrado,
incapaz del heroísmo,

pero fuerte en egoísmo,
fiero, cruel y malvado,
odio su pecho guardó

á la humanidad entera
y ni una vez tan siquiera
al pobre su mano abrió.

Todos los días temprano
salía de casa á prisa,
para asistir á una misa
al santo templo cercano.

El *perínclito* varón
confesó cada semana,
y con la conciencia sana
recibió la comunión.

Hermano en mil cofradías
pagó muchos setenarios,
y sus placeres diarios
fueron en las sacristías.

¿Cuando el beato murió
subió al cielo desde aquí?
El cura dice que sí...
mas yo sospecho que nó.

F. TRISTÁN DE LARIOS.

DÉ VIAJE



- Chico, ¿qué estación es esta?
—Retrete, señora.
—Pues bajemos á tomar un bocado.

TIEMPOS MUSICALES



LOS DOS BAILES

I

—Pues... si es cierto que dan baile
esta noche en el Olimpo,
lo que es yo no falto... ¡Quíá!
¡la tentación no resisto!

Quiero distraerme un poco,
porque ¡bien lo necesito,
para alejar de mi mente
el recuerdo del indigno
proceder de aquella ingrata,
que me engañó como á un niño!

¡A bailar! ¡a divertirme!
¡a olvidarme de mí mismo!
He aquí lo que me propongo...
¡Veremos si lo consigo!

Allí, frente á una mujer
de ojos ardientes y vivos;
ante una opipara cena,
que excitará mi apetito,
y libando toda clase
de licores y de vinos...
quizá lograré endulzar
mi amargura; quizás, digo,
resucitará la alegre
vivacidad de mi espíritu,
desterrando de mi alma
esta tristeza... ¡Lo dicho!
¡En marcha, en marcha hacia el baile!
¡Viva el baile y el bullicio!

II

¡Espléndido está el salón!
¡Qué deslumbrante y magnífico
golpe de vista...! ¡Qué galas
tan brillantes lleva el vicio!...

Pero... no filosofemos,
que este salón no se hizo
para filósofos... ¡Ea!
¡a bailar y de lo lindo!

Busquemos nuestra pareja
entre estos lindos palmitos...

A ver si tengo la suerte
de hallarla como la ansío...

Aquí las hay á millares...
Por cierto que allí diviso
una que... ¡Tate! ¡Si es ella!
¿Me engaña el deseo mío?
¡Ah, no; no me cabe dudal
pues no soy yo quien lo digo...
¡Lo dice mi corazón
con sus violentos latidos!

¡Vaya si es ella! ¡La ingrata!
¡Cómo mira que la miro!
¡y con que descaro vá
dándole el brazo á aquel mico!

Pero ¿qué me importa ya
esa mujer? Es preciso
que busque otra. ¿No ha hecho
ella lo propio conmigo?
¡Amor con amor se paga
y el olvido con olvido!

Por allí veo una máscara
que me mira de hito en hito
y al través de su careta
un rostro bello adivino...

Creo que es una cortesana
prostituida en el vicio...
Tiene trazas de ramera,
¡pero me importa un comino!
¡Hoy hasta en esas mujeres
hallo no sé qué atractivos!

Además, que para eso
precisamente he venido...
Quiero entregarme esta noche
á toda clase de vicios,
y gozar de los placeres
sin restricción ni distinguos,
aun cuando derrocha en ellos
mi fortuna... y mis sentidos!
Confío en que esta infeliz

desempeñe bien su oficio
y con sus falsos halagos
y su mentido cariño,
me hará olvidar á la ingrata
que me engañó como á un... chino
¡A veces nuestro ángel malo
es mejor que el bueno mismo!
Nada, nada; á esta mujer
sin rodeos me dirijo.

III

¡Ay! ¡Cuan caro estoy purgando
aquel loco desvarío!
¡Oh, noche, funesta noche!
¡Oh, baile, baile maldito!
Desde aquel momento y hora
que, en mi amoroso delirio,
frenético me arrojé
al fondo del precipicio,
de los placeres sin tasa,
del desentreno y del vicio...
que aquí estoy como un decrepito
anciano ¡ay, Dios! impedido
de moverme del sillón
en que un ser caritativo
me ha puesto... ¡Triste es mi suerte!

Mas ¿que no me muevo he dicho?
Miento; porque en realidad
mi movimiento es continuo,
que estos malditos calambres
me hacen temblar de lo vivo,
¡Infeliz de mí! Yo creo
que es un castigo divino...
¡No tenia tanto afán
de saltar y de dar brincos?
¡No quería baile yo?
Pues ya llegué á conseguirlo
y me salí con la mía...
¡que hace dos meses y pico
que aquí estoy, baila que baila,
con el baile de S. Vito!

CÁRLOS C. CATALÁ.

A MADRID ME VUELVO

Allá, á lo lejos, la torre
de mi aldea se divisa;
haz, monstruo, porque se borre
su silueta; ¡corre, corre!

Más aprisa, ¡más aprisa!
Atrás queda la estación
y en ella quedan atrás
pedazos del corazón.
Fogonero, echa carbón;

¡más, mucho más, mucho más!
Adiós de las casas viejas
los verdosos murallones;
y adiós las sucias callejas
con sus historias añejas
de fantasmas y dragones.

Corro á Madrid anhelante,
que es la patria del jolgorio...
¡Monstruo, adelante, adelante!
¡Yo soy un pájaro errante

como el cantor del Tenorio!
Adiós, llanura desierta
de la encharcada campiña,
y los guindos de la huerta,
y la ventana, y la puerta
de la casa de mi niña.

Y adiós, silloncito blando,
donde la infeliz ayer
me despedía llorando.
Adiós y ¡sabe Dios cuándo
nos volveremos a ver!

Me fastidian los gorriónes
que saltan sobre la hacina,
y no hay cafés, ni salones,
ni dan calor los tizones
que humean en la cocina.

Aquí se arruga la piel
y se duerme el corazón.
Yo amo el bullicio, el tropel,

y quiero morir en él
de fiebre y de consunción.

Adiós, pueblo, y si me muero,
sabe que vine á buscarte,
con humos de caballero,
porque no tuve dinero
para marcharme á otra parte.

Pero la gente de pró
se va á Madrid en el tren
para divertirse... ó no,
y, cantando coplas, yo
me vuelvo á Madrid también.

Allí esperan al coplero
lucha y fatiga; allí espera
la sandunga y el salero...
¡Echa carbón, fogonero!
¡que reviente la caldera!

Corre, brisa, y dile á Rosa

que olvide nuestros placeres,
porque allá me aguarda ansiosa
la modista más graciosa

que ha cosido en los talleres.
Dile también que mi amor
fué mentira, y que quizás

encuentre un galán mejor...
¡Maquinista, más vapor!
¡Más, mucho más, mucho más!

SINESIO DELGADO



Varias aclaraciones acerca del *Certamen* de que hablé á Vds. en el número pasado.

En primer lugar, bueno es que se sepa que ningún autor tiene derecho á mandar á él más de una sola composición. Digo esto, porque ha habido caballero que ha llegado á remitir hasta cinco trabajos diferentes; y si á publicarlos todos fuéramos, ni con un extraordinario tendríamos bastante.

Los señores que tal han hecho, pueden decir, de entre todas sus composiciones, cuál es la que quieren que entre en concurso.

En segundo lugar, es muy conveniente, para evitar luego retrasos y confusiones, que al pie de la firma, pongan los autores las señas de su domicilio y el nombre de la población en que habitan.

Debo advertir también que las composiciones se publicarán por el riguroso orden en que se reciban, y si (lo que no es de esperar), fuesen tantas que no cupieran en un sólo número, publicaríamos las restantes en el siguiente. En este último—si tantas fuesen—añadiríamos, (gratis, por supuesto), un suplemento que nos permitiera publicarlas todas.

Los señores que tomen parte en la votación (que, como ya dijimos, pueden ser todos aquellos que, en una ú en otra forma, tengan acreditada su personalidad ante esta Redacción) tendrán derecho á recibir—sin satisfacer más importe que el del franqueo, si viven en provincias—un ejemplar del poema *Sor Ana*, de José de Diego.

La forma en que habrá de hacerse la votación, la diremos en el número próximo.

Con que, señores, mucha suerte... ¡y á ver quién es el favorecido por el voto popular!



He leído en un colega una noticia que me ha llenado de desconsuelo

Dicen que se habla del Sr. Vincenti para la Dirección General de Comunicaciones.

Lo cual significaría que iban á relevar á Mansi.

Y esto no puede ser ¡caracoles!

Empezarían á recibirse puntualmente todas las cartas. ¡Y á llegar los impresos á su destino!

¡Y á no perderse los paquetes de periódicos!

¡Y cuándo, Señor? ¡Pues vean Vds.!

¡Ahora, cuando ya nos íbamos acostumbrando!



Anda de aquí, que no quiero
ni verte, ni oír tu nombre,
que estás más perdida tú
que una carta con valores.



Uno que no tiene nombre.—Pero que tiene la mar de gracia. ¡Venga firmada!

Un alguacil.—Mande firmadas las dos.

F. L. de M.—Barcelona.—Lo mismo digo. Ambas son á cual mejor.

Justo Cabal.—Gracia.—¡Qué bien escribe Vd., compadre! ¡Y que buena se presenta la semanita por ahora!

J. P. B.—Barcelona.—Recibida la composición para el *Certamen*. ¡Muy bonita!

E. de G.—Bilbao.—Y otro tanto digo á Vd. ¡Pero que bien marcha esto, Señor!

P. Olivé y C.—Barcelona.—Recibida. ¿No le parece á Vd. que la enumeración de imágenes resulta demasiado larga?

J. B.—Barcelona.—Mire Vd.: *harto y arranco, ronco y rompo*, son cuatro asonantes colocados todos en una misma cuarteta. Y otro tanto digo de *arremeto y reviento, y recojo y respondo*. Y lo mismo puede decirse de *reto y cuerpo y error y redids*. Y el verso: ¡Rayos! Los ríos rojos

no es octosílabo ni cosa que lo parezca. Y por el estilo otras veinte mil incorrecciones. ¿La retiro?

J. P. B.—Barcelona.—Están tan manoseadas esas gradaciones en los matrimonios... Y sin embargo, V. es de los que ponen bien la pluma.

Laguito.—¡Toma! ¡si empezamos á calcar de Marsi...

G. P. R.—Zaragoza.—Deme Vd. orden de retirarla. Es consejo de amigo, porque, sobre ser fúnebremente seria, está llenita de defectos que la deslucen.

Un chato.—No, no cabe ese temor, por cuanto los que hemos de votar no hemos de ser nosotros. Y después de todo, el que á tal extremo lleve la desconfianza, que no concurra.

J. M.—Barcelona.—Imposible para este número. Y como es de actualidad... ¿Quiere Vd. que entre en el *certamen*, en el número próximo?

E. C.—Barcelona.—Eso lo han dicho ya veinte y cinco mil antes que Vd.

D. P. R.—León.—También eso se ha dicho hasta la saciedad.

B. P.—Gracia.—¿Pues y eso?

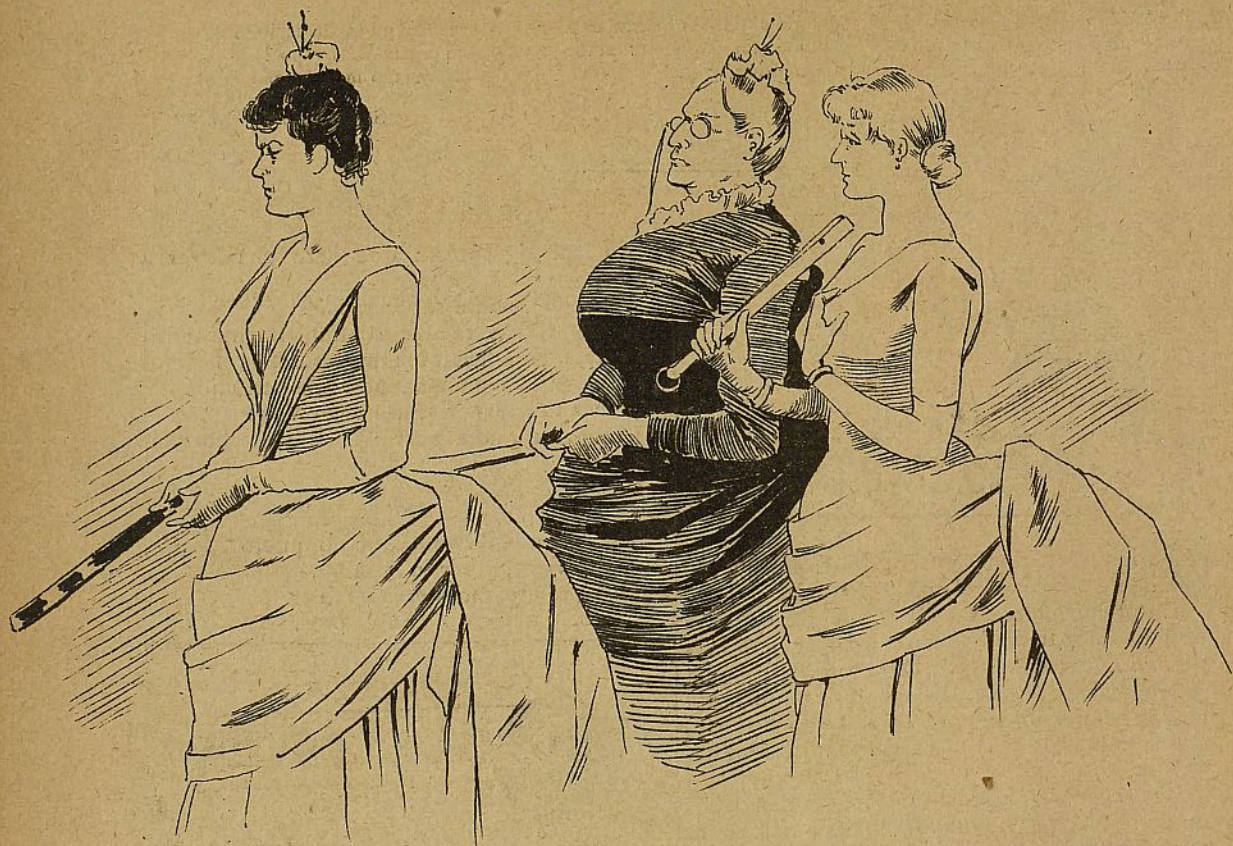
P. C.—Madrid.—Lo mismo que eso.

D. E. I.—Barcelona.—Eso no ¿ve Vd.? Eso ya nadie lo dice. Pero es de tanto que se ha dicho.

Un ex-catalán, E. de D., *Fiestas de la Plaza*, A. S. V., *Pimentón*, *Un novio y Servidor* (Madrid).—*Caparrotta* (Santander).—J. A. V. (Alcoy).—*Sansón Carrasco*, *Uno que dá lástima*, E. A. y *Un trempat* (Barcelona).—P. C. (Albacete).—*P. Tu T.* (Santander) y *Catachin-pin pum* (Lérida).—Son impublicables. ¡Y dispensen Vdes., por Dios, que no les diga los motivos!

Imp. Militar, Arco del Teatro, 9, Barcelona.

EN EL SALON



—Ahora el vizconde se esconde
tras la cortina amarilla.
¡Qué cosas tiene el vizconde!
—¿Y tú qué sabes, chiquilla?

ANUNCIOS

CORRESPONSAL

exclusivamente encargado de la venta de

La Semana Cómica

EN MADRID

D. JULIAN RODRIGUEZ

TESORO, 5, BAJOS.

LA SEMANA CÓMICA

VERTALLANS, 3, 1.º, BARCELONA

Colaboran en este periódico los mejores escritores y mas celebrados dibujantes.

NÚMERO CORRIENTE: 15 **CENTIMOS**

Números atrasados: doble precio.